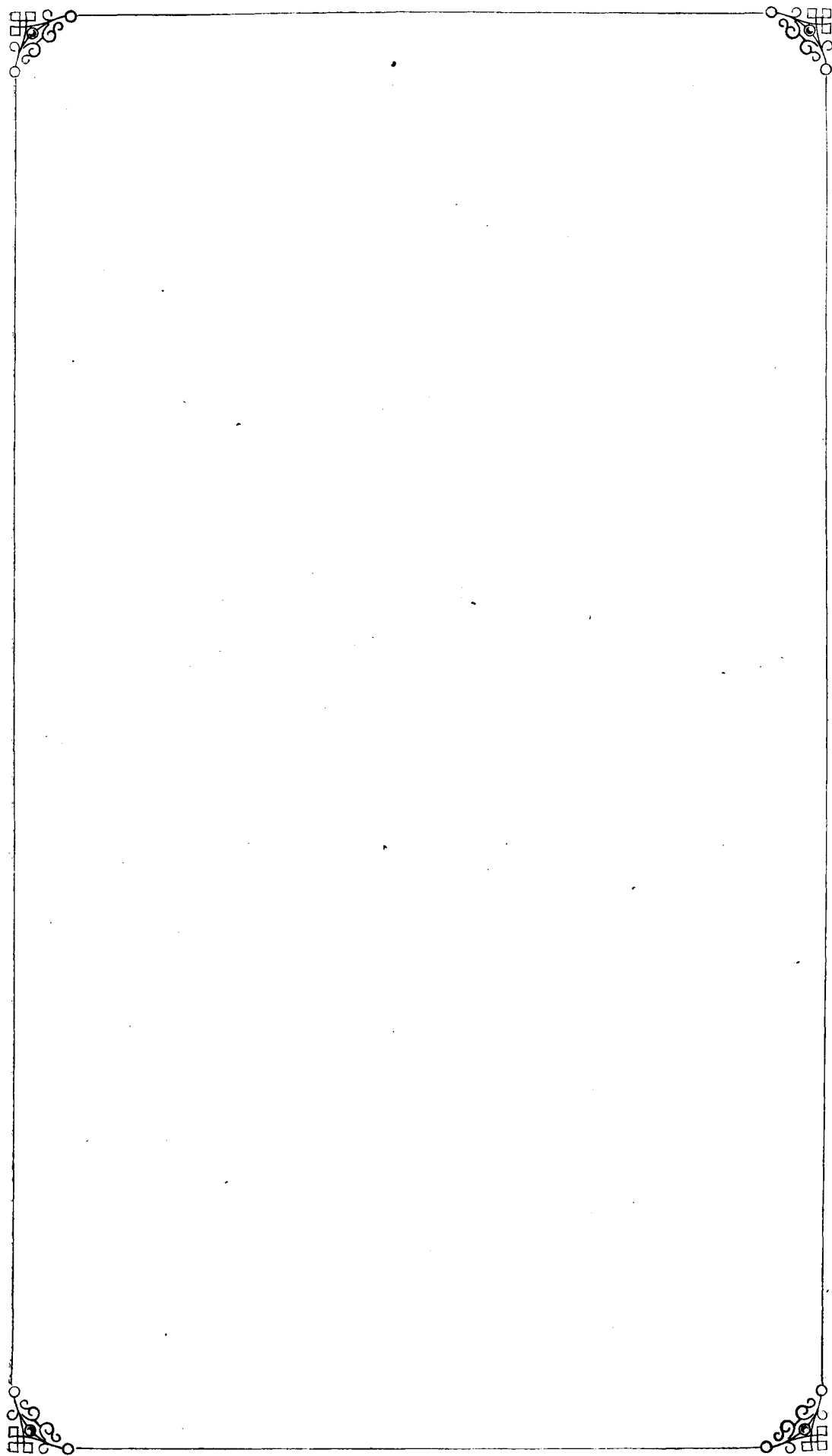




AL REY DE ESPAÑA AMADEO I.



R. 12.016

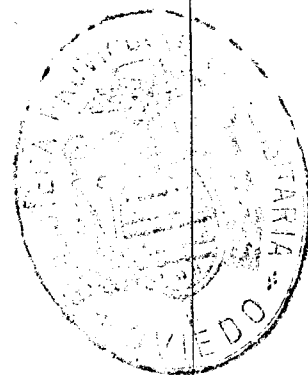
IV-167

AL REY DE ESPAÑA

AMADEO I.

ODA

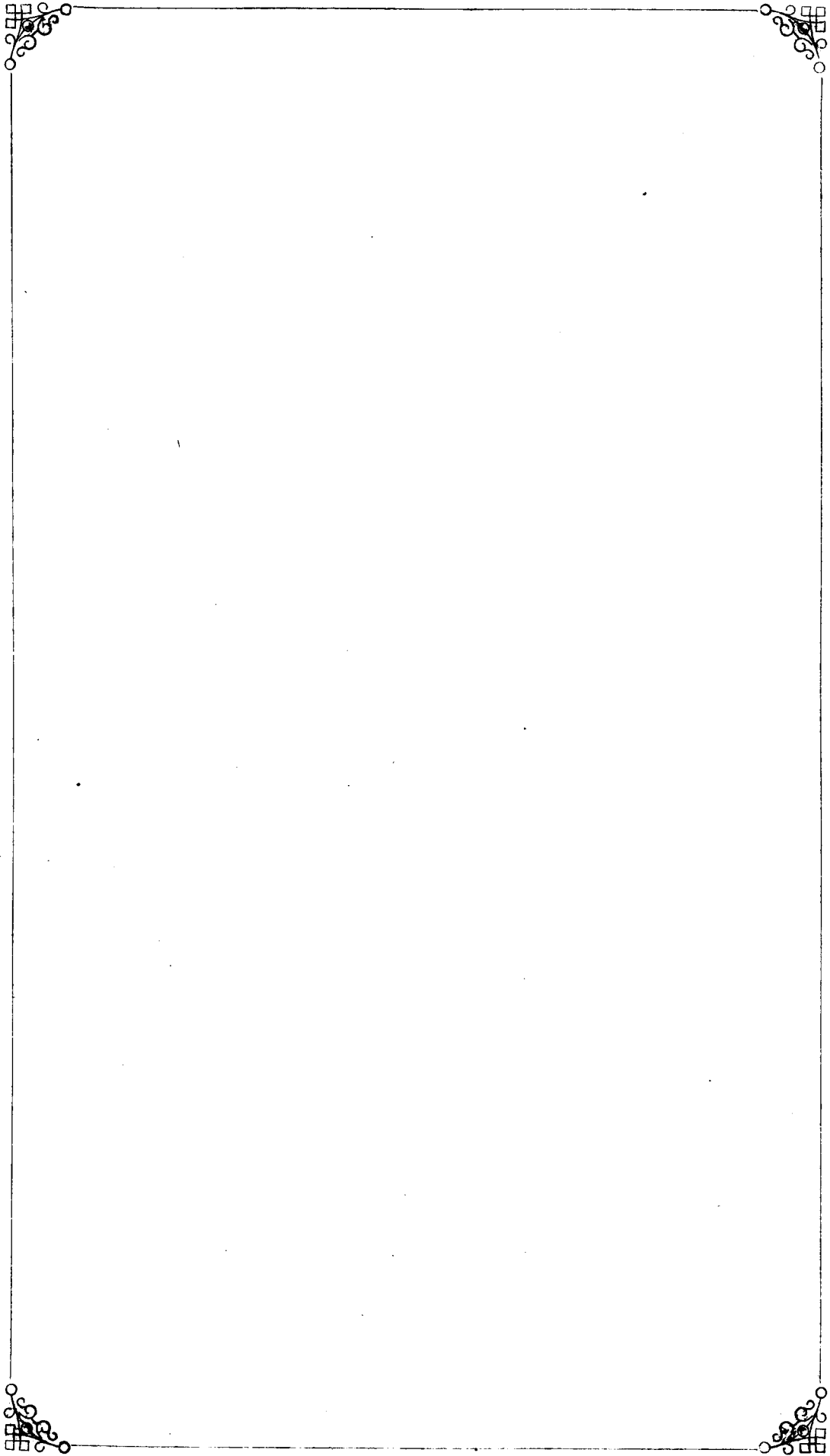
POR D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.





MADRID.

IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
calle de Valverde, núm. 16, bajo.

1871.





AL REY DE ESPAÑA

AMADEO I.

~~~~~

ODA.

~~~~~

¡Príncipe augusto! si mi voz se atreve
A unir el sentimiento de mi gozo
Al aplauso ferviente, al alborozo
Del sano pueblo y de la honrada plebe,
No temais que yo queme en los altares
De la lisonja, incienso:
Ni vos sois de esos príncipes vulgares,
Ni yo á la baja adulacion propenso.
Ante el nuevo monarca de Castilla
No necesita la adhesion sencilla,
Para mostrar su afecto reverente,
Ni deshonorarse, ni humillar la frente,
Ni doblar la rodilla.

Siento que me acobarda la grandeza
Del árduo asunto: para mí ya estraños
Son los senderos que á tan rara alteza
Pueden llevar al vate, y mi cabeza
Se cubre con la nieve de los años.
Mas no puedo callar: del centro estrecho
De la duda mi espíritu se lanza
A los espacios de la fé, y el pecho
Siento latir de gozo y esperanza.
Proféticos acentos, que traidos
Por las auras, alegran mis oídos,
Pueblan el aire puro,
Y del tiempo futuro
Me revelan arcanos escondidos.
Tras noche de dolor, luces derrama
Serena aurora de risueño día,
Y á la voz de ese pueblo que os aclama
Siento romperse el hielo que envolvía
De mi cansada inspiración la llama;
Y arrebatado en alas del deseo,
Rasgando nieblas y allanando montes,
En torno de mi pátria abrirse veo
Alegres horizontes.
El vicio encadenado,
Vencida la ambición, muerto el perjurio,
Será vuestro reinado,
Sobre incruentos triunfos levantado,

De era de larga paz dichoso augurio.
Desde el supremo día
En que, con más indignacion que saña,
Del trono de Pelayo lanzó España
De Borbon la imposible dinastía,
Enmedio á sus enojos
La siempre amada Italia, de sus ojos
Las ardientes miradas atraía.
¿No veis en esto del Señor la mano,
Y el cumplimiento de sus santas leyes?
¿Por qué razon el pueblo castellano,
Que rechazaba ayer á tantos reyes,
Sólo amor tiene para el Rey hermano?
El que los hombres entre sí concilia
Y en cadenas de amor al orbe abraza;
El que estrecha los lazos de familia;
El que forma los vínculos de raza,
Lo quiere así: su santa Providencia
Lo ha escrito en el fecundo
Libro de la esperiencia.

Cuando ancho asiento en las edades toma
La era más grande que recuerda el mundo,
Y en que la humanidad se llama Roma,
A sus mismos señores
La Bética feliz dá emperadores:
Y los dos pueblos desde entónces juntos
Acaban hechos de la historia espanto,



Y aun hoy resuenan, de la fama asuntos,
Los nombres de Pavía y de Lepanto.
En reveses lo mismo que en victorias,
Nuestra sangre y la vuestra ván unidas
Alimentando nuestras dos historias
En una misma historia confundidas.
Así corren hirvientes
Dos rápidas corrientes
De fundido metal, que en un momento
Han de formar en cóncavos ardientes
Colosal y durable monumento.
Y el bronce no resiste
Del tiempo destructor á la constancia,
Ni de las armas al progreso triste,
Ni á la mano brutal de la ignorancia;
Pero el santo recuerdo consagrado
Por cien generaciones
Y en el amor fundado,
No puede perecer, que está encerrado
Y alienta en nuestros propios corazones.

Un dia, nuestras huestes poderosas,
Ya el moro á sus desiertos repelido,
Hácia un mundo se lanzan, escondido
Del mar entre las brumas vaporosas.
Avidas de acabar altas empresas;
Atravesando por ignotos mares,
Y reduciendo naves á pavesas,

Y derribando bárbaros altares,
Ahuyentaron sus ídolos inmundos
Y enaltecieron en region estraña
Con los pendones de la noble España
La redentora cruz que unió dos mundos.
¿Quién reveló á la atónita mirada
Del viejo Continente
La tierra tantos siglos ignorada,
Y las puertas abrió del Occidente?
El genovés Colon.—Vagó primero
Por otros reinos demandando ayuda
Con inútil afan: era extranjero,
Y donde nó la befa, halló la duda;
Pero al pisar nuestra dichosa orilla
Venció al error, encadenó el sarcasmo,
Y comprendido fué: no es maravilla.
La lengua nos habló del entusiasmo,
Que es la lengua de Italia y de Castilla.

En la moderna edad, en tiempo breve
Que mil hechos magníficos abarca,
Se despierta la Italia y se conmueve
A la potente voz de un gran monarca.
Luchó por su derecho y su justicia;
Por su gloriosa cuna,
Y España sonrió mientras propicia
Ayudó á vuestro esfuerzo la fortuna.
«¡Sus!» gritaba este pueblo, palpitante,

Cuando el fragor del bronce fulminante
Asordaba á la Italia conmovida.

«¡Ha llegado el instante
De recobrar la libertad perdida;
¡Sus! y que ayude á tu valor el cielo:
Abran tus armas anchuroso espacio
Donde pueda tender el libre vuelo
El águila del Lacio!»

Ansiando para tí mejor destino
Juega tu rey su sólio
De la guerra entre el fiero torbellino;
Busca ó abre el camino
Que debe conducirte al Capitolio:
Y cuando, en fin, la estrella refulgente
De vuestro padre, vencedora asoma,
La acompaña impaciente
Hasta las puertas de la misma Roma.

Siempre aparece, siempre, la influencia
Bajo una ú otra forma, de aquel lazo
Con que nos acercó la Omnipotencia:
Cuando no son las armas es la ciencia;
Hoy es el corazon si ayer el brazo.

¿Cómo no han de esforzar sus afecciones
Dos hidalgas naciones
Que por leyes idénticas se rigen?
¿Y cómo no han de ser buenos hermanos?
¿Cómo, dos pueblos de tan propio origen

No han de estrecharse con amor las manos?
De luz los baña en la templada zona
El mismo sol: igual fecundo suelo
Y el mismo alegre cielo
Les dió el que ciñe la mejor corona.
Sus valles y montañas, de riqueza
Son veneros opimos:
En ambos la feraz naturaleza
Haciendo ostentacion de su grandeza,
Se desborda en espigas y racimos.
La vista en ambos con placer se pierde
Contemplando en risueña perspectiva
Campos do el limonero siempre verde
Crece al par de la nunca seca oliva.
Hijos son, y heredaron la pujanza
De una madre comun: tal vez por eso
Llevamos de esta rara semejanza
En rostro y corazon el sello impreso.
Y vos, Señor, el lazo venerando
Sois, que á mejor fortuna nos destina,
De nuestra varonil raza latina
El generoso influjo renovando.
El pueblo que se alzó fiero y sañudo,
El que arrancó sediento de justicia
Las lises de Borbon de nuestro escudo,
Esperanzas sin término acaricia.
La tradicion de las discordias rota,



Bendecirá la mano que restaña
La sangre que aun hoy brota
De las heridas de la hermosa España.
¿Verá por su monarca justiciero
Reavivada la paz y el ódio extinto?
Así del pueblo entero
Lo ha comprendido el generoso instinto.

Partícipe también, y compañera
En la alta empresa que teneis por norte,
Será, no hay que dudarlo, la primera
Vuestra gentil consorte.
Bello adorno y ejemplo
Será de vuestra corte;
Y digna de su fama y su linaje,
Lo que hasta aquí fué alcázar hará templo
Donde al honor se rendirá homenaje.

